

mo sitio, y hallámos á los curiosos infantes en la misma actitud. Entónces Tirabeque se acercó á una de las niñas y le dijo : « hija mía, ¿no te cansas de estar tanto tiempo en la misma postura? » Pero ¡cuál fué su sorpresa, y cuál fué la mia tambien, al encontrarlos con que tanto aquella como los demas de la coleccion eran tambien muñecos y muñecas ni mas ni ménos que los de la parte interior! Nos hubiéramos avergonzado si no hubiésemos estado los dos solos. — Señor, bien me decia Vd., que en Francia todo era mentira.

Á pesar de esta prevencion, mas de una vez le sucedió al pasar por junto á algun almacen de peletería, retirarse de repente horrorizado á la vista de los tigres, leopardos, nutrias, gamuzas, chinchillas, martas, armiños y otros animalejos que empajados detras de las vidrieras tienen, en tan imponentes actitudes y con tal naturalidad presentados, que efectivamente asustan al pronto y parece que van á echar al que se acerque, la zarpa ó el comillo. — Pero hombre, ¿de qué te asustas? le decia yo; ¿no sabes ya que aquí todo es mentira? — Sí, señor, pero hay mentiras tan respetables, que bueno es verlas desde léjos, por si acaso son verdades. — ¿Con que es decir que te asustas de unas pieles? — Quiá, no señor; parece que me asusto, pero es mentira; en Paris todo es mentira.

Dijele el primer día que era menester que entrásemos á peinarnos en una de las peluquerías que encontramos en el Boulevard. Aquí, añadí señalando á una, aquí podemos entrar si te parece. — ¿Ahí donde hay dos señoritas detras de los cristales? — Ahí, sí. — ¡Alabado sea el divino señor, mi amo, y qué par de criaturas tan celestiales, tan blancas y tan bien formadas! Entremos aquí, señor, mas que nos cueste doble el peinarnos, y más que nos pelen al mismo tiempo y nos dejen sin pluma ni cañon, que todo se puede llevar con gusto con tal de recrearse un hombre la vista con un par de francesas tan gallardas. Y diga Vd. mi amo, ¿son ellas mismas acaso las que nos han de hacer los rizitos? Y como ya estuviésemos cerca de ellas, las saludó diciendo : « *bonjour, Mesdemoiselles : Mesdemoiselles, bonjour : à votre service, Mesdemoiselles.* » Señor, pareceme que tienen mucho barro las niñas, pues no se dignan contestarme siquiera. ¡El demonio de las peluquerillas!..... Porque sean guapas y tengan buenos talles, ¡ tanta vanidad! *Mesdemoiselles, j'ai l'honneur*..... ¡ Bruto de mí, mi amo! si son de cera ¿ cómo me habian de contestar? — Te está bien empleado por necio : ¿ no te acabo de decir que aquí todo es mentira?

No es maravilla que así se engañara Tirabeque, porque son tan acabados, tan completamente imitados al natural los modelos de cera que sirven de muestra en las peluquerías, ya representen jóvenes del bello sexo, ya niños ó mancebos del sexo fuerte, que puede asegurarse que los franceses han tocado en este punto el último grado de perfeccion.

De estos y otros cien mil ingeniosos medios tienen que valerse para llamar la atencion en un pueblo donde la misma abundancia de la novedad hace que ya nada llegue á hacer impresion.

Los anuncios.

Otro de los ramos en que los franceses han agotado ya todos los recursos de su fecunda imaginativa, es el de los *anuncios*, sea de publicaciones literarias, sea de establecimientos industriales, sea de invenciones nuevas, sea de empresas de trasportes, sea en fin de lo que quiera. No basta anunciar una cosa ciento y cincuenta dias seguidos en ciento cincuenta periódicos diarios que habrá en Paris; no basta fijar los anuncios en las esquinas de todas las calles; no basta que todas las paredes, y todas las puertas, y todas las fachadas, y todas las cornisas de todas las casas, y de todos los edificios de todas las calles y de todas las plazas, y todos los árboles de todos los paseos, estén atestados de rótulos, anuncios é inscripciones, y que cada calle parezca un Diario de Avisos, y que no se pueda fijar la vista ni á izquierda ni á derecha sin verse precisado á leer un catálogo de anuncios : esto es muy poco todavía, porque podrá alguno ir mirando hacia el cielo, y es menester al que en tal direccion mira, hacerle leer algo. Y en efecto, tiene que leer por fuerza, porque se estrella su vista con anuncios en las chimeneas y en los aleros de los tejados. Pero esto es muy poco todavía, porque podrá un hombre ir pensativo y meditabundo mirando hacia el suelo, y es necesario que allí lea algo tambien : y tiene que leer á fe mia, porque allí, en el sitio donde va á pisar, encontrará el nombre del dueño de la tienda de allado escrito en caracteres de bronce embutidos en la piedra ó en la argamasa de la acera, y no podrá escupir sin que caiga la escupitina sobre el nombre de algun fabricante; que los franceses se dejan escupir de buena gana con tal de despachar mejor sus mercancías.

Pero esto es poco todavía, porque podrá alguno ir tan distraído, que no fije la vista en ninguna parte, y es necesario sin embargo hacerle leer tambien, y lee sin remedio, porque va andando y

se encuentra sorprendido con unos papeles que le pone en la mano un incógnito, que sin decir mas que « *tenez, monsieur,* » desaparece para nunca mas volver. Y estos papeles son los anuncios de una nueva sombrerería que se ha abierto en la *Rue Vivienne*, ó de un depósito de curtidos que se ha establecido en el *Faubourg Saint-Denis*, ó el prospecto de unas Memorias traducidas del alemán. Pero esto no es bastante todavía, y se necesita obligar de otro modo á leer. *Flaneaba* yo (1) por el boulevard de los Italianos con un diputado español, célebre en la cuestión algodonera que tan agitados trae en el día los ánimos de los catalanes, cuando vimos venir hacia nosotros con grave y pausado continente un viejecito que llevaba enarbolada y asida con ambas manos una especie de pendoneta ó estandarte negro rotulado con gruesos y abultados caracteres blancos, azules, encarnados y de otros diversos colores. Natural era la curiosidad de leer lo que publicaba ó anunciaba aquel original heraldo ó nuevo rey de armas. ¿Y qué os parece, amados lectores míos, que iba proclamando el anciano *porta*? Pues era que invitaba á los que tuviesen perros enfermos á que los llevasen al establecimiento titulado: « *Spécialité pour la curation des chiens malades, tenu par Viollat*: Especialidad para la curación de perros enfermos, por Viollat en los Campos Elíseos. »

Pero esto no basta todavía, porque por mucho que se escriban los anuncios, no pueden leerlos los ciegos, los cuales por serlo no deben estar privados de saber los adelantos que se hacen en la industria. Para ellos es menester anunciar las cosas á viva voz. Recuerdo haber visto en el boulevard de San Antonio á un ciudadano alto, respetable, con la barba hasta el pecho, puesto de pié sobre una mesa, rodeado de un inmenso auditorio, al cual arengaba con voz sonora y penetrante de esta ó semejante manera: « Señores, Vds. saben que el bizarro Mariscal del Imperio, Baron de N., habia merecido siempre el singular aprecio y confianza del gran Napoleon por su intrepidez, por su instrucción y por sus virtudes. El Emperador le confiaba las empresas mas arduas y arriesgadas. Herido mortalmente en la batalla de..... por un casco de granada, cuando ya llevaba en derrota á los austriacos, dirigió sus últimas miradas al Emperador, y con acento entrecortado y moribundo, abrazando sus rodillas le dijo:

(1) *Flanear*, en frances es pasear curioseando los objetos sin mas objeto que el de la curiosidad.

« Muero gustoso por la gloria de la Francia y por la vuestra. » — « ¡ Ah, Mariscal! le contestó el Emperador: la muerte os roba á la patria, porque si vivierais, no habria bastantes laureles en Francia para ceñir vuestra frente. » El Mariscal exhaló el último suspiro, y las lágrimas corrieron por las mejillas del GRANDE HOMBRE. Pues bien, señores, aquel valiente general bajó á la tumba llevándose un secreto importante que poseía, y que le habia sido de una inmensa utilidad en las campañas. La humanidad tendria que llorar todavía la privación del importante descubrimiento de que él era depositario, si afortunadamente no se le hubiera transmitido en confianza á un sargento del ejército invencible que habia sido su asistente. Yo debo á una feliz casualidad el haber llegado á mí este secreto, este utilísimo secreto que hoy tengo el honor de anunciaros para consuelo y alivio de la humanidad doliente. Es un admirable específico, un unguento prodigioso para la curación de los callos de los piés: aquí le tenéis en estos botecitos, que os vendo al módico precio de 25 sous. Ea, señores, ¿quién me toma un botecito de este milagroso unguento? »

Así anuncian los franceses sus cosas. Para publicar un específico anticalloso revuelven la historia de Napoleon y de los mariscales del imperio.

Mas no pára en esto todavía. En toda la extensión de esta serie de anchas calles ó boulevards, hay entre las aceras y la calzada dos hileras de pilares, columnas ó pirámides redondas muy blanqueadas por la parte que mira á las casas, y huecas por la que mira á la calzada de los coches, las cuales constituyen uno de los adornos de los boulevards. Supónese que estos pilares por la parte de las aceras se destinan también á la fijación de anuncios, y que se aprovechan bien para el objeto. Pero ni este, ni el del ornato público son los que principalmente se propuso la policía urbana en la colocación de aquellas columnas cónicas, sino el de que no faltase en el punto mas concurrido de la ciudad donde poder satisfacer los menesteres naturales, á lo ménos los de menor cuantía. Pues bien, cuando el hombre se acerca (y digo el hombre, porque para las mujeres no sirven) á satisfacer la necesidad que se supone, allí mismo en el interior de la columna, en el hueco que sirve de depósito á las sustancias *mictosas* (perdido me he visto para decirlo en latin), allí se estrella el hombre con anuncios: ¡y qué anuncios! Por ejemplo, el *Point de maladies secrètes* del doctor *Albert*, porque sépase de paso que el doctor *Albert* debe haberse propuesto que en el centro de Paris, en las calles inter-

medias de Paris, en los arrabales de Paris, en las afueras de Paris, y á las 15 leguas en circunferencia de Paris, sea imposible mirar á parte alguna sin encontrarse con el Dr. *Albert* y con sus *maladies secrètes*. Por mi cuenta debe llevar ya la centésima vigésima nona edicion de sus anuncios.

Véase, pues, si la anualidad *usque ad satietatem* es ó no cualidad *nacional* de nuestros vecinos.

La casa de Fieschi.

¡Miseria humana! Se verá acaso con indiferencia la morada de un anacoreta lleno de virtudes, que se consagró á Dios y está en el cielo, y se pregunta con interes por la vivienda de un famoso asesino, de un *regicida*, como llamó estos dias pasados el mentecato marqués de *Boyssí* en la Cámara de los Pares al Regente de España, cuya loca expresion tan interesantes debates ha producido en la Cámara de allá y en las Córtes de acá.

Por mi parte sé decir, que tan luego como nos vimos en el boulevard del Templo, pregunté con viva curiosidad por la casa de *Fieschi*; curiosidad que me avivaba mas la que por su parte Tirabeque mostraba tambien. Pregunté, y nos la enseñaron. «Héla allí, aquella casita pequeña que hace esquina.» — ¿Aquella que no tiene mas fondo que para una ventana? — La misma: ella es la mas humilde de todo el boulevard: ¿veis sus tres pisos de una sola ventana cada uno? — En efecto. — Pues bien, en el mas alto vivia el regicida, allí colocó la máquina infernal: venid un poco mas acá.... estáis en el sitio en que cayó y espiró el general mas benemérito que acompañaba al Rey: vos, monsieur (dirigiéndose á Tirabeque) pisáis la piedra que enrojeció la sangre de dos valientes oficiales..... Dió Pelegrin un salto súbito hácia atras, miró á la ventana de *Fieschi*, y el color blanco de su rostro indicaba temer que volviera á asomar por allí otra máquina infernal. — Ah, no temáis: creo que vos no perteneceréis á la familia reinante. — No señor, pero soy muy amigo de Luis Felipe. — Vos sois extranjero? — Para servir á Vd., señor monsieur; soy español. — Entonces..... yo os pido perdon, no podéis ser amigo de Luis Felipe: ¿cómo recibisteis el atentado de *Fieschi*? — El atentado de *Fieschi*..... (señor, vámonos, que este me huele á espía), figúrese Vd., fué una cosa horrorosa. — En España, sean las que quieran las quejas que tengamos del gobierno del Rey de los

franceses, le dije yo, aborrecemos el regicidio tanto ó mas que se puede aborrecer aquí. Y guardéos el cielo, que nosotros tenemos que hacer.

Plaza de la Concordia.

Estoy colocado en el paraje mas bello, mas grandioso, mas magnífico y mas sublime del mundo. Si todo Paris correspondiera á este sitio, Paris deberia ser la capital del orbe. Desde aquí estoy viendo las fachadas discordantes pero majestuosas del palacio de las Tullerías. Entre él y yo median sus jardines públicos, con sus fuentes, sus estatuas, sus estanques, sus bosques y sus prados artificiales. Á mi derecha, mas allá del elegante puente de Luis XVI que atraviesa el Sena, veo el suntuoso pórtico de la Cámara de los diputados; á mi izquierda, á lo léjos de una soberbia calle, diviso las formas augustas del templo de la Magdalena. Convirtiéndome hácia el oeste, y extendiendo la vista por los Campos Eliseos, alcanzo á ver á su extremo el famoso Arco de Triunfo de la Estrella, la mas soberbia obra monumental que tiene Paris. Todo es magnífico lo que me rodea, todo es regio; bello y sorprendente es todo. Asomado el Rey de los franceses á uno de los balcones céntricos de su palacio, puede decir con verdad que goza del espectáculo mas grandioso que puede gozar otro monarca alguno. ¡Conjunto exterior el mas á propósito para despertar el orgullo de la Majestad, si ya no lo hicieran innecesario las humillaciones que los reyes presencian en el interior de sus alcázares!

Contemplando estoy el obelisco de granito rosa de 72 piés de alto y de 500,000 libras de peso que tengo junto á mi. Repaso sus jeroglíficos; quisiera leer los nombres de Rhamcés y de Sesóstris, y los versos que refieren sus trabajos y centienen sus alabanzas; pero confieso humildemente que no entiendo los caracteres egipcios. Reflexiono en el atrevido pensamiento de haber hecho trasportar á la capital de Francia un monumento erigido en el Egipto 1580 años ántes de la era cristiana; y mas que la osadia del pensamiento y que las dificultades de la ejecucion, admiró la sagacidad y astucia de Luis Felipe en haber hecho colocar en este sitio, donde hasta ahora se habian levantado monumentos que unas veces lo eran de adulacion, y otras eran padrones de infamia para los reyes, segun las vicisitudes políticas, un monumento que no puede ménos de ser respetado por todas las revoluciones, cualesquiera que ellas sean. ¡Ingeniosa destreza, propia